

MICRORRELATOS



Por Ángel Carrasco Sotos

LAS OTRAS VIDAS

Ese día llegaba yo tarde al trabajo y caminaba presuroso por la acera de la calle de la Acacia. Atrajo mi atención, no obstante, un hombre de negro, calvo, con bigote de mariscal, de unos

cincuenta años. Esperaba muy tieso, con actitud severa, a que el semáforo se pusiese en verde para poder cruzar al otro lado. Me acerqué a él y le di un beso.

-¿Eres tú?, me dijo.

-¿Quién si no, mi rey?

-¡Te he estado esperando tantos años!

-Todo ha terminado, mi señor. Ardieron los campos de trigo. Las tropas han regresado muy mermadas, pero victoriosas.

-¿Y la mercancía?

-A buen recaudo, alteza. El oro y mi amor le esperan en la cabaña del bosque.

No pudimos seguir hablando porque el semáforo había cambiado a verde y él se precipitó con impaciencia hasta el paso de peatones. Lo vi marchar con tristeza durante un par de segundos (al menos ésa fue la impresión que se deslizó hasta mis ojos en ese momento). Él no volvió la cabeza. Miré mi reloj. ¡Dios mío, ya eran menos cuarto! Corrí entonces. Perdí el sombrero, pero ¿qué importaba? Todo el mundo sabe que no hay cosa más ridícula que un hombre persiguiendo un sombrero.

TENSIÓN EN EL SALOON



EL PISTOLERO entró en el local, puso el arma sobre la barra y pidió un whisky. A unos metros de él había un indio, apoyado también en la barra. Lo miró de hito en hito y le espetó: "¿Se te ha perdido algo por aquí, forastero?" El indio, con su melena emplumada, se volvió hacia él y sonrió sin decir nada, al mismo tiempo que sacaba el machete del cinto. La tensión impuso su silenciosa ley de miradas furtivas, movimientos sigilosos y corazones acelerados. Allí estaban expectantes el bombero, el policía, una gallina, Drácula, un mexicano y un astronauta. También una música de fondo de aires brasileños que no dejaba de sonar.